

TURISMOS: varios modelos Seat, Renault y otros.
CAMIONES: con o sin basculante en distintas marcas y tonelajes.
Facilidades de pago
VEA NUESTRAS EXPOSICIONES EN:
MANUEL REY
BETANZOS: Avda. de La Coruña. Teléfono 499
FERROL: Avda. Generalísimo, 209. Telf. 354990
DISTRIBUIDOR: BARREIROS **CHRYSLER**

La Voz de Galicia

DELEGACIONES:
FERROL: Canalejas, 84. - Telf. 351476
SANTIAGO: Doctor Teijeiro, 5. - Telf. 581035
LUGO: Buen Jesús, 2. - Telf. 211070

VIGŌ: José Antonio, 62. - Telf. 223311
ORENSE: Santo Domingo, 39. - Telf. 216454
CARBALLO: Desiderio Varela, 18. - Telf. 65
PONTEVEDRA: Cobián Roffignac, 2. - Telf. 851777

BANDAS TRANSPORTADORAS
Firestone
VENTA - EMPALMES SINFIN - REPARACIONES, ETC.
NEUMATICOS RIERA
 Ramón de la Sagra, 11 - Teléfono 232036 - LA CORUÑA

EL MUNDO QUE NOS DANA

PROBLEMA ACUCIANTE

Las voces de alarma que se dan parecen perderse en el desierto hispano. La realidad es que el sesenta por ciento de nuestra población vive en las ciudades; que, conforme ocurre en numerosos países, el índice de crecimiento urbano duplica al rural. Las perspectivas para el campesino resultan menos atrayentes que las de los urbanícolas. Así es como su éxodo se hace inextinguible. Claro que el mismo fenómeno pasaba en la antigua Roma. Y eso que los incentivos ofrecidos por aquella capital eran infinitamente menores que los presentados por cualquiera de las actuales. El hombre español del frigorífico, del televisor y del «utilitario» es el que vive en las urbes. El campesino, por el contrario, aparece aplastado por un atraso secular. Se esfuerza en obtener de la tierra su alimento; vive de manera casi vegetativa, sin mayores inquietudes espirituales. Más aún: hasta hace unos meses permanecía en condiciones precarias por lo que a los seguros sociales se refiere.

Las voces de numerosos tribunos se alzan, más de una vez, en defensa de la gente del campo. Proponen diversos incentivos para cortar la salida del campesino. Así es como en la República Federal Alemana aparece primada la agricultura, para que el obrero del campo perciba los mismos salarios que el de la industria. Mas eso se lo pueden permitir países sin mayores problemas económicos, que no sólo utilizan la totalidad de la mano de obra nacional, sino que, incluso, la importan en cifras masivas.

Pero a cambio de ventajas de tipo económico —así como de salarios más elevados—, el urbanícola ha de padecer notorios inconvenientes. No es oro todo lo que reluce en las ciudades, ni mucho menos. El precio que se paga en ellas por los artilugios técnicos se traducen en incomodidad, desasosiego, prisa, aire viciado, tiempo perdido en traslados y enfermedades casi desconocidas en el agro. Como contraste, los hijos del agricultor reciben una deficiente educación, cuando la reciben. Las gentes viven en el campo la permanente inquietud de las cosechas. Y, ya en otro orden de cosas, apenas se les ofrece más perspectiva que la de «Hoy como ayer —mañana como hoy— y siempre igual».

Las jornadas laborales medias son desconocidas en el medio rural. La lucha por el ocio parece constituir una exclusiva de las gentes urbanícolas. Los campesinos, por lo general, están lejos, muy lejos, no ya de las cuatro horas diarias de trabajo existentes para algunos sectores industriales norteamericanos, sino incluso de la jornada de ocho horas. Si las reyertas entre los realquilados nutren con frecuencia las secciones de sucesos, el campesino desconoce la vivienda decorosa. En muchos lugares, conviven personas y ganado, como, por desgracia, ocurre en tantos lugares de Galicia. La exquisitez del literato suele ser ignorada por el labrador. El escritor se detiene ante las bellezas del paisaje; el campesino pasa, indiferente, ante él, acaso porque lo ve todos los días, o tal vez porque conoce su dureza a la hora de extraerle una cosecha.

Mas, como la idea del progreso humano es algo consustancial al individuo, se explica que millones de españoles «hayan perdido el sol» —según dice Angel María de Lera—, para emigrar a otras tierras, donde buscan condiciones económicas más propicias. El hecho es que el elemento agrícola se marcha a las ciudades; que los campos se quedan despoblados, y que las superficies cultivadas son ahora mucho menores, en algunas zonas, que hace treinta años. La perspectiva, pues, no puede resultar más desoladora.

Las ciudades aparecen superpobladas. En un informe presentado ante el Comité de Población de las Naciones Unidas, se precisa que las urbes tienden a crecer dos veces más de prisa que la población total del país. Se indica allí que, en los próximos veinte años, el número de habitantes de los grandes núcleos se duplicará. Pero, a pesar de todo, el proceso que lleva al campesino hasta el medio urbano es prácticamente universal. En Estados Unidos, el setenta por ciento de la población vive en las ciudades, al paso que en Inglaterra la cuantía se eleva al ochenta. Por lo que se refiere a España, en poco más de treinta años, hemos pasado de un cuarenta a un sesenta, con lo que nos equiparamos a Francia.

Pese al clamoreo formado por los sociólogos —que alzan su voz contra las aberraciones que puede ocasionar la vida de un mareo inhumano—, la economía obliga a construir viviendas defectuosas; el problema de los humos sigue sin resolverse, y la salubridad en los barrios trabajadores deja mucho que desear. Mientras la anarquía de las construcciones rurales no condiciona la libertad individual, en las urbes cada individuo tiene que construir su casa de modo que obtenga sol, pero sin que quite el sol ni las vistas al vecino. No cabe duda que en la capital desaparecen los horarios laborales de sol a sol; más como contrapartida para poder vivir con cierto decoro en ella hay que entregarse a la esclavitud del pluriempleo.

Por más que algunos escritores se esfuerzan en hacer una literatura bucólica; por más que se adentren con la mochila al hombre por tierra de pan llevar o por inhóspitas zonas montañosas, lo cierto es que el trabajador agrícola arde en deseos de verse convertido en hombre urbano. No es a él, por otra parte, al que se le pueden cantar las excelencias de la vida en el campo, cuya dureza implacable, conoce mejor que nadie. Sería necesario que las ventajas urbanícolas —y ninguno de sus inconvenientes— fueran llevadas hasta el agro, para que decidiera no cambiar de suerte. Mas como los que proclaman sus males, hacen muy poco para resolverlos —o acaso no esté en su mano el hacerlo—, el problema de la marcha del campesino a las ciudades es algo que se presenta con unos caracteres tan acuciantes como, en apariencia, carentes de solución.

E. MERINO

¿SE han fijado en el hecho de que muchas personas han dejado de fumar? Entre las gentes que pasan por nuestra casa (y pasan muchas) los fumadores son ya minoría. Es muy raro que tengamos que vaciar un cenicero y, aunque yo suelo comprar cigarrillos para las visitas, acaban secándose pues nadie los toma.

Ciertamente, y para suerte de la industria tabacalera, no faltan los enviciados por la nicotina. Quienes más fuman hoy son los jóvenes, las señoras y los trabajadores del campo.

También yo milito entre la heroica clase de los ex fumadores a partir de 1966. La culpa de que dejara de fumar la tienen esos médicos norteamericanos obstinados en repetir que el tabaco está relacionado con el cáncer, y la culpa de que yo fumara la tuvo, en cierto modo, la difunta señora de don Santiago Casares Quiroga.

Es una curiosa historia por cierto. Siempre he sido extraordinariamente sensible a la belleza y a la elegancia femenina. Esto creo que es una debilidad muy coruñesa, hay mucha gente en mi ciudad a quien le sucede lo mismo.

De niña yo tenía mis devociones. La persona a quien yo más admiraba era (Greta Garbo aparte) mi madre, que me parecía un ser divino. También admiraba a mis tías que eran mujeres bellísimas y, fuera ya de la órbita familiar, a ciertas mujeres coruñesas que entonces se distinguían por su belleza, por su gracia y por su manera de vestir.

Entre ellas figuraban Herminia Borrell, que había estado casada con el fabuloso Nubar Gulbenkian; Piliita Aspe, y Gloria Casares.

Había oído hablar mucho de la belleza de Curuxa del Río, pero no llegué a conocerla. Tanto Curuxa como Herminia fueron unas precursoras de la moda actual poniéndose turbantes, echarpes y detalles orientales y exóticos en una época en que nadie lo hacía. La elegancia de Gloria —que evocaba un poco la de Marlene— era de tipo más clásico.

Tal vez Gloria no era tan original como Herminia ni tan perfecta de facciones como Piliita Aspe, pero en verdad tenía una fascinación especial. Algo que no se sabía muy bien lo que era, pero que atraía a todo el mundo. Su origen era bastante más modesto que el de Casares, que había ya nacido en el aura de la rica burguesía coruñesa. Tengo entendido que de joven Gloria había sido sombrerera. Era huérfana y no sé cuál era su apellido ni he encontrado nunca a nadie que lo supiera. Entonces sí en La Coruña

O ESPELLO NA MAN

FUMAR O NO FUMAR

Por VICTORIA ARMESTO

se decía «Gloria» todos sabían que se referían a ella.

Mucho antes de conocerla, y cuando era estudiante en Madrid, Santiago se alojaba en casa de una viuda que era ya una mujer madura. De esta señora tuvo Santiago una hija, reconocida, que fue confiada primero a una familia amiga de La Coruña y que, después de su matrimonio, vivió con él.

Gloria y Santiago tuvieron tan solo una hija, María, y ¿quién entonces hubiera podido imaginar que llegaría a ser una de las grandes actrices de Francia?...

Una sola vez vi a Gloria. Hablo de 1935. Yo sólo llevaba cuatro años observando el mundo, pues mis primeros recuerdos datan de abril de 1931. Estaba pasando el verano cerca de La Coruña en un pazo cuyo anciano propietario era amigo de la familia Casares. Entonces los niños de las clases burguesas no estaban tan por el medio como están hoy.

Vivíamos una vida aparte, separados de los mayores, y confiados a niñeras o institutrices. Como había oído ponderar la elegancia de Gloria, yo quería conocerla; pero recibí instrucciones terminantes de no aparecer en la visita.

La llegada del ilustre matrimonio había revolucionado el pazo. Se preparó un xantar casi medieval que luego consumió el servicio, pues tanto Casares, como Gloria y los dueños de la casa, apenas si comían.

Después pasaron a tomar café en el Jardín y fe entonces cuando yo pude espiarles, semiescondida detrás de unas magnolias.

Casares era un hombre delgado, de perfil aguilero. Hablaba bien y con ironía y era persona de mucha cultura.

Estaba muy influido y sabía mucho acerca de Eça de Queiroz, sobre él quizá hubiera escrito un libro de no haber tenido la fatalidad de meterse en política.

Casares Quiroga tenía todas las virtudes y todos los defectos de su tiempo y de su

casta; era, fundamentalmente, un señorito de La Coruña.

A su fuerte atractivo coadyuvaba el servir a modo de albañal del testimonio espiritual de los republicanos históricos, que eran por lo regular unas gentes puras de muy alta moral. Su hermano Arturo, que murió de una hemotisis una tarde después de casarse por la mañana, había sido pasante de Pi y Margall.

El mismo Santiago era un tuberculoso crónico y no se creía destinado a tener una larga vida. El miedo a la muerte le llevó a la hipocodría y sabía más de medicina que un médico.

Todo esto que estoy contando yo no lo sabía naturalmente entonces. Entonces apenas si me interesé por Casares, pues sólo me preocupaba su mujer. Gloria vestía un traje blanco, que hoy resultaría muy bien, muy a la moda. Tenía el pelo y los ojos negros. Hablaba mucho y especialmente de unas marquesas y condesas que eran sus íntimas amigas en Madrid; a la señora Casares Quiroga le pasaba lo mismo que a mí en un tiempo, era un poquito snob. De este defecto Gloria se curaría seguramente con los años y con las desgracias, pero en aquel momento aquellas relaciones tan distinguidas la tenían cautivada.

De pronto, y ante mi gran asombro, Gloria abrió su bolso y sacó una boquilla y un cigarrillo. Era la primera vez que yo veía fumar a una mujer. Me acuerdo perfectamente de cómo ella aspiró y luego expulsó el humo y cómo dijo con su voz que era un poco grave y muy armoniosa (la misma voz que tiene María en el teatro):

—No, no es que yo fume porque sea moda, fumo porque me gusta fumar.

La primera vez que, corriendo el tiempo, cogí un cigarrillo, también yo dije con una cierta elegante desdaga:

—No, no es que yo fume porque sea moda, fumo porque me gusta fumar.

Y por desgracia llegó a ser cierto. Cuando decidí abandonar el tabaco en el año 1966 tuve que enfrentarme con la perspectiva de una larga angustia hasta que, en un día glorioso del año 1968, contemplé una cajetilla de rubio americano y me di cuenta que el tabaco no me importaba nada, que ya tanto me daba fumar como no fumar.

HECHOS Y FIGURAS

FREUD Y SU FELICIDAD CONYUGAL

Sigmund Freud le preguntó, en cierta ocasión, a Marie Bonaparte —biznieta de Napoleón—: «¿Qué es lo que desea una mujer?»

Durante 53 años de matrimonio, la esposa de Freud, Martha, una mujer sencilla y graciosa, que apenas se molestó en com-



MINNA BERNAYS

Freud y que pronto descubrió las relaciones entre Freud y Minna.

—Por Minna supe —dijo Jung— que Freud estaba enamorado de ella y que sus relaciones eran muy íntimas.

El saber esto desconcertó tanto a Jung, que le propuso a

Freud —sin decirle el motivo— que se sometiera a análisis. Freud rehusó.

Las afirmaciones de Billinsky están libres del peligro de ser rectificadas. Martha, Minna y el hombre que —según él— compartieron, hace tiempo que están silenciosos en sus tumbas.

de SOL a SOL

«LIONARDO»...

HA muerto Juan Chas. Juanito «Lionardo», el de la tasca «O' Lionardo». Cualquiera que ignorando el nombre de pila le llamara «Lionardo», acababa igualmente. Existía total identificación entre el gran tipo humano —y físico— que era Juanito con la denominación de su tasca; la misma de la exposición que el malogrado Juan Ramón Villar Chao celebró allí hace unos años, consiguiendo que toda La Coruña fuese a una tasca con un doble objetivo: el de tomarse una taza del Ribero y contemplar y admirar el arte de Villar Chao, con el que tantas buenas migas hacía todo el mundo. Y Juanito era todo un mundo.

Como ocurre a menudo en estas circunstancias, el día anterior cualquier amigo o habitual de su casa pudo verlo, como siempre, despachando tazas. Y por la noche, escuchando los informes del último partido de fútbol, si él no había asistido, que tal fue el caso del Fabril-Mestalla.

Juanito Chas, «O' Lionardo», era una persona que casi, casi, habría que calificar de rarísima. Pero por escasas, por ser de las que se ven y se conocen pocas. Las hay, pero no se exteriorizan, vamos, como este caballero, gran tipo —hasta en lo físico, ya hemos dicho— que era el gran «tasquero». «Consul» vasco en La Coruña, dueño de todos los afectos del fútbol bilbaíno, de todos los cariños de cualquiera que fuese a él. Él allí era convertirse en su cliente.

Toda la industria, el comercio y los negocios de la pesca de La Coruña han tenido muchos momentos importantes en «O' Lionardo». Una auténtica Lonja de amistades crecientes bajo la protección estimulante hacia el afecto de Juan Chas, el hombre de quien jamás se oyó una palabra de crítica para nadie. El primero, siempre, cuando a él se acudía para contribuir a cualquier cosa. Una persona cabal.

Y grande. De alma y de estatura.

Muchos coruñeses pierden uno de sus posibles amigos mejores.

Un caudal de simpatía, de bondad, desaparece de la vida hercúlica.

Ayer, muchas sonrisas quedaron quietas, sin abrirse del todo, al enterarse del repentino fallecimiento de Juanito Chas.

Y es que causa dolor recrearlo en la imaginación con su estampa de gallego-vascote agradable y amable, y pensar que se ha ido.

¡Cuánta pena se siente!

ARISTARCO

RUMBOSO

GRAN escándalo internacional en torno a los arrebatos dardivos de ese muchacho norteamericano, James Brody Jr. que en un inesperado momento se puso a repartir, a tontas y a locas, la fortuna que acaba de heredarle a su abuelo y que éste había amasado vendiéndole margarinas a los norteamericanos.

Parece ser que todo tuvo más de alarde publicitario que de auténtica generosidad. Ni James dio tanto, ni tenía tanto que dar. Lo que el muchacho quería era hacerse popular para así dar a conocer sus cualidades melódicas. Unos reparten dinero, como Brody, y otros asesinan prójimos, como Manson. El caso es constatar la popularidad a cualquier precio.

Yo vi, en los barrios humildes de Málaga, como todo un fastuoso rey árabe, creo recordar que era Feisal, conquistaba corazones repartiendo billetes de cinco dólares, por cuya posesión se daban de tortazos los chiquillos del Perchel o de la Alameda.

Y es que esto de repartir tiene su técnica. También, por supuesto, su ética, a la que el Evangelio alude muy claramente. Pero, después de todo, ¿quién hace realmente caso al Evangelio? Precisamente por eso, por el poco caso que se le hace, pasan las cosas que pasan y duelen las cosas que duelen.

Pero ya vendrán las cuentas. Las celestiales e insalvables cuentas.

SIN NOTICIAS

NADIE sabe cuál es el paradero de Dieter Eichenlaub. La verdad es que casi nadie sabe realmente quién es Dieter Eichenlaub, por cuya razón a nadie le importa que lo hayan matado, que haya quedado atado a un árbol en mitad de la serlyta o que sirva de asado para algunas fuerzas de vanguardia del conocido general Gowon.

Dieter Eichenlaub es un médico ale-

Pluma de Medianoche
 Por Luis Caparrós

mán que reside desde hace años en la localidad bafreña de Uli, donde fundó un hospital para niños enfermos y heridos. Ya pueden imaginarse el trabajo que dicho hospital ha debido tener durante los últimos años. Ahora, al derrumbarse al joven Estado, al médico le invitaron a evacuar hacia zonas más tranquilas. Pero se negó si no le dejaban llevar a sus pequeños enfermos, cosa imposible. Y nadie ha vuelto a saber nada de él.

El doctor Eichenlaub es menos conocido que Onassis, que Pelé, que Manson, que Jimmy de Mora, que Mia Farrow, que Ulbricht, que «Ted» Kennedy...

Pero el doctor Eichenlaub es —o era, sabe Dios— así. El caso es que nada sabemos de él. Y si son algunos los que andan preocupados, son muchos más los que andan desentendidos.

Después de todo, ya suena a pesado todo eso de los niños de Biafra, de los niños de Vietnam, de los niños de Carabanchel, de los niños de Los Pelamios...

LA TERRIBLE ENSEÑANZA

REFIRIENDOSE al terrible gasto mundial en armamentos —182.000 millones de dólares en 1967, lo que significó el doble de lo dedicado por el mundo entero a instrucción pública y el triple de lo invertido en sanidad—, Baltasar Porcel recuerda unas terribles palabras de la cantante Joan Baez en torno a la guerra como escuela donde el hombre aprende a matar. Dice la Baez:

«Pensad cuánto cuesta que un hombre sea capaz de matar. Necesita una escuela propia y adecuada. Tiene que vencer su disgusto, su repulsión hacia la muerte. Hay que enseñarle a no tener ya el sentimiento de culpabilidad. Se le debe decir que el enemigo es un monstruo y no un ser humano con esposa y niños y una casa, como él. Es larguísimo el camino a recorrer para enseñar a un hombre cómo se mata en frío, obedeciendo órdenes. Por lo tanto, la guerra no es ninguna exigencia natural, sino un simple proyecto de muerte que se prepara fríamente. La gente de nuestra generación ya sabe estas cosas y la vieja propaganda bélica no sirve ya.»

A Joan Baez se le considera una provocadora, una agitadora, una subversiva. Y es que, al fin y al cabo, es muy insolente eso de estimular en las gentes una reacción contra la violencia, contra el crimen, contra el monopolio de la fuerza.

Nuestra civilización ha llegado a la Luna. Pero ni aún así ha sido capaz de lavar su conciencia. Que huela tan mal como la camiseta de un «hippie»...

MANO IZQUIERDA

CASI al mismo tiempo que un empleado se hundía por el no pecaminoso vicio de las quinielas, otro confirmaba con ellas su fortuna. Cuestión de mano izquierda. Yo intenté, pensando que todo depende de eso, de la mano izquierda, cubrir algunas columnas por ese procedimiento la pasada semana y me resultó imposible. Los unos me salían como sietes y las equis como ochos... Y es que uno no nació para zurdo.

Yo creo que los quinielistas afortunados constituyen, sin culpa alguna por su parte, malos ejemplos. Lo de pensar «Si él lo hizo, ¿por qué no puedo hacerlo yo?» es una incitación inversora que generalmente acaba en negocio ruinoso. Entre otras cosas, porque la fortuna casi siempre está divorciada de la lógica y toda premeditación que prescinda de la lógica está condenada al fracaso. O si acaso, a tener cuatro perras como premio.

Lo que hace falta es tener mano izquierda. Pero eso no depende de uno.